

6.

Elisco Verón, "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política", en AA.VV., *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette, 1987.

Tres destinatarios para un enunciador

La enunciación política parece inseparable de la construcción de un adversario.

La cuestión del adversario significa que todo acto de enunciación política supone necesariamente que existen otros actos de enunciación, reales o posibles, opuestos al propio. En cierto modo todo acto de enunciación política *a la vez es una réplica y supone (o anticipa) una réplica*. Metafóricamente podemos decir que todo discurso político está habitado por un *Otro*, negativo. Pero, como todo discurso el discurso político construye también un *Otro* positivo.

Al construir su destinatario positivo y destinatario negativo, el enunciador político *entra en relación* con ambos. El lazo con el primero reposa en lo que podemos llamar la *creencia presupuesta*. El destinatario positivo es esa posición que corresponde a un receptor que participa de las mismas ideas, que adhiere a los mismos valores y persigue los mismos objetivos que el enunciador: el destinatario positivo es antes que nada el partidario. Hablaremos, en su caso, de *prodestinatario*. La relación entre el enunciador y el prodestinatario cobra, en el discurso político, la forma característica de una entidad que llamaremos *colectivo de identificación*. El colectivo de identificación se expresa en el "nosotros" inclusivo. El destinatario negativo está, por supuesto, excluido del colectivo de identificación: esta exclusión es la definición misma del destinatario negativo. Al destinatario negativo lo llamaremos *contradestinatario*.

Pero el análisis del discurso político en un contexto democrático revela la presencia de un tercer tipo de destinatario. Este "tercer hombre" resulta de una característica estructural del campo político en las democracias parlamentarias occidentales, a saber, la presencia de sectores de la ciudadanía que se mantienen, en cierto modo, "fuera del Juego" y que, en los procesos electorales, son identificados habitualmente como los "Indecisos": si votan, deciden su voto a último momento. Si la "figura" del prodestinatario está asociada a la presuposición de creencia, y la del contradestinatario a una inversión de la creencia, la posición de los "Indecisos", tiene, en el discurso político, el carácter de una hipótesis de suspensión de la creencia. Designaremos esta posición como la posición del *paradestinatario*. Al *paradestinatario va dirigido todo lo que en el discurso político es el del orden de la persuasión*.

Entidades y componentes

En el plano del enunciado, dos niveles de funcionamiento parecen fundamentales. Veamos en primer lugar lo que llamaré las *entidades del imaginario político*.

1. El colectivo de identificación aparece también en el plano del enunciado, en la medida en que habitualmente se lo designa de manera explícita en el discurso: "nosotros, los comunistas", "nosotros, los peronistas".
2. Entidades, también numerables, que designan colectivos que no funcionan como operadores de identificación de los actores en presencia, sino que corresponden a entidades más amplias que los colectivos, y que el enunciador político coloca habitualmente en posición de recepción: "ciudadanos", "trabajadores", "argentinos".
3. Entidades que llamaremos metacolectivos singulares. Singulares, porque no admiten la cuantificación y difícilmente la fragmentación: metacolectivos, porque son más abarcadores que los colectivos propiamente políticos que fundan la identidad de los enunciadores. Ejemplos: "mundo", "el Estado", "el pueblo", etcétera.
4. Ciertas formas nominalizadas que el enunciador utiliza para ritmar sus argumentos. Se trata de expresiones que adquieren una cierta autonomía semántica respecto del contexto discursivo, que funcionan como "fórmulas": "la participación", "la decadencia", "la otra política", etcétera.
5. Formas nominales que, a diferencia de las precedentes, poseen un *poder explicativo*, son verdaderos operadores de interpretación: su utilización supone un efecto inmediato de inteligibilidad por parte al menos del prodestinatario. Un ejemplo típico actual es "la crisis". Un ejemplo célebre es "el imperialismo".

En el plano del enunciado, el segundo nivel fundamental es el de los *componentes*. Este nivel opera como articulación entre el enunciado y la enunciación, puesto que los componentes definen las modalidades a través de las cuales el enunciador construye su red de relaciones con las entidades del imaginario. Distinguiremos cuatro componentes: *descriptivo*, *didáctico*, *y programático*.

El componente descriptivo

Es aquel en que el enunciador político ejerce la *constatación*: balance de una situación. Predominan los verbos en presente del *indicativo*.

El país, después de estos dieciocho años de inestabilidad gubernamental y desorden administrativo, ha quedado como si

hubiera sufrido una catástrofe, con su economía y sus finanzas comprometidas, su paz amenazada y su estado social en una depresión sin precedentes, con el agregado de que las perspectivas para el futuro inmediato son cada día peores (J.D. Perón, mensaje desde Madrid, 1972).

El componente didáctico

Tanto el componente descriptivo como el didáctico corresponden a la modalidad del *saber*. Pero a diferencia del componente descriptivo, el componente didáctico no es del orden de la constatación. A través del componente didáctico, el enunciador político no evalúa una situación, sino que enuncia un *principio general*: no describe una coyuntura específica, sino que formula una *verdad universal*.

Los gobiernos modernos [...] han dejado de ser problemas políticos para pasar a ser problemas sociales. El que gobierne hoy con criterio únicamente político, irá irremediablemente al fracaso (J.D. Perón, 4 de agosto de 1944).

El componente prescriptivo

Este componente entrelaza lo que en el discurso político es del orden del *deber*, del orden de la necesidad deontológica. Dicha necesidad aparece, naturalmente, como de carácter impersonal, como un *imperativo universal* o al menos universalizable.

Reitero que es necesario [...] revertir el proceso centripeto de concentración de poder que se ha dado en las últimas décadas en nuestro país. [...] La descentralización de la participación debe redundar en una mayor eficacia en la gestión, de tal forma que entre la decisión y su ejecución no se establezca una enorme cadena de instancias que dilaten o diluyan tal ejecución (Raúl Alfonsín, alocución sobre el proyecto de traslado de la Capital Federal a Viedma, 15 de abril de 1986).

El componente programático

En este componente se manifiesta el peso de los fantasmas del futuro en el discurso político: es aquí que el hombre político promete, anuncia, se compromete. El componente programático se caracteriza por el predominio

de las formas verbales en infinitivo y, naturalmente, en futuro: el futuro puede ser reemplazado por nominalizaciones. El componente programático es el orden del poder hacer.

¿Qué hacer? ¿Permanecer prudentemente en una actitud de indeterminación artística, haciendo creer que se podría dar a todo el mundo sin quitarle nada a nadie? [...] Nosotros decimos: fuerte aumento de los bajos salarios y aumento degresivo por encima: mantenimiento del nivel de ingresos para la capa superior de los verdaderos asalariados. [...] Reducción cada vez más marcada de los ingresos que se sitúan en un nivel todavía más elevado (Georges Marchais, secretario del Partido Comunista francés, Informe al Comité Central, 12 de enero de 1981).